

**Reseña de Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO, Isaías BARREÑADA y Laura MIJARES (2021): *Movilizaciones populares tras las Primaveras Árabes (2011-2021)*, La Catarata, Madrid**

Sonsoles DIESTE MUÑOZ

Universidad de Burgos

[sonsolesdieste@gmail.com](mailto:sonsolesdieste@gmail.com)

**Para citar este artículo:** Sonsoles DIESTE MUÑOZ (2021), “Reseña de Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO, Isaías BARREÑADA y Laura MIJARES (2021): *Movilizaciones populares tras las Primaveras Árabes (2011-2021)*”, Madrid: La Catarata en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 31, pp. 252-257.

En febrero de 2021, se celebró el Congreso *Las primaveras árabes diez años después* en el que distintos investigadores e investigadoras realizaron ponencias dedicadas a analizar la situación sociopolítica en la región del Medio Oriente y Norte de África (MONA) tras las denominadas Primaveras Árabes. Fruto de ese encuentro surge este libro editado por Ignacio Álvarez-Ossorio, Isaías Barreñada y Laura Mijares. El libro está compuesto por una introducción y nueve capítulos más, dedicados a Egipto, Sudán, Palestina, Líbano, Iraq, Irán, Túnez, Argelia y la región marroquí del Rif. Mediante estudios de caso, esta obra traslada al lector la compleja realidad política y de contestación social en contextos autoritarios y la persistente demanda de cambio en la región. En cada uno de los capítulos, los autores establecen una suerte de hilo narrativo entre las protestas de 2011 y la situación actual, conectando al lector con la evolución y singularidad propia de cada país. Si bien la amplia selección de casos permite apreciar la gran heterogeneidad dentro de la región, también permite trazar una serie de similitudes o “síndromes” regionales, como la persistencia de la corrupción, el autoritarismo o el desempleo. A su vez, permite trazar paralelismos respecto a las movilizaciones sociales, como la falta de jerarquía, la amplia descentralización o la ausencia de programa que, si bien tienen ventajas, también han llevado al debilitamiento de estos movimientos y a su incapacidad en muchos casos de proporcionar una propuesta alternativa. Cabe destacar que no se recogen los países de las monarquías del golfo, quizás por el poco impacto de estas protestas, exceptuando el caso de Bahrein; tampoco se incluyen los países en los que, tras estas revueltas, han estallado conflictos armados.

El primer capítulo del libro “Movilizaciones populares, regresión autoritaria y horizonte pospandemia en el Magreb y Oriente Próximo” es una introducción escrita por Ignacio Álvarez-Ossorio, Isaías Barreñada y Laura Mijares. Aquí se hace una fotografía del momento actual que atraviesa la región, marcada por la persistencia del “sentimiento de frustración tanto económica como política” (p.15) y por la “persistencia de las protestas” (p.17).

Tras las revueltas de 2011, que dieron lugar a distintos resultados, los medios presentaron las denominadas Primaveras Árabes como un intento democratizador fracasado (exceptuando el caso tunecino) y no como un proceso no lineal inacabado. Por otro lado, desde la academia, los análisis solo mostraron una parte de la realidad. Las movilizaciones sociales pedían libertad y democracia, pero también había un componente económico fundamental. El libro hace una gran labor de revisión en este último sentido, y, aunque sigue teniendo en cuenta las demandas de liberalización política y reformas democratizadoras, se completa el análisis incluyendo el factor económico y de justicia social, principal detonante de las protestas, que a día de hoy persiste.

También es evidente que los movimientos civiles y la contestación social de cada país han desembocado en distintas vertientes y, si bien hay diferencias con las protestas de 2011, independientemente de que se den de forma simultánea en varios países; sean más o menos multitudinarias; más o menos transversales; tengan mayor o menor intensidad; se den en el centro, en la periferia, en la ciudad o en el campo, sigue habiendo movilizaciones populares y contestación social en la región. También vemos cómo, a las formas tradicionales de reivindicación política, se ha incorporado el uso de espacios virtuales. La evidencia de que el proceso iniciado en Túnez no finalizó con los distintos derroteros que tomaron las protestas en cada país tras 2011, son las movilizaciones que han surgido posteriormente en Argelia, Líbano, Sudán e Iraq, que tienen su mayor expresión en la caída de los gobiernos sudanés y argelino, procesos descritos dentro del libro.

A lo largo de esta lectura, que se aleja de las explicaciones apegadas a visiones culturalistas, vemos que “las causas estructurales del malestar, frustración y desafección política persisten en toda la región y se han registrado escasos avances en el terreno de la democratización acentuándose el autoritarismo” (p.27), también se han acentuado la crisis económica en todos los países descritos en el libro, máxime tras la pandemia provocada por el Covid-19, lo que “probablemente se traduzca, en el corto plazo, en un aumento del malestar social” (p.26).

El segundo capítulo “La protesta social en el contexto de regresión autoritaria: el caso de Egipto”, escrito por Bárbara Azaola Piazza, aborda el caso de Egipto, un caso particular dentro de las Primaveras, donde tras el derrocamiento de Mubarak y el ascenso democrático de los Hermanos Musulmanes al Gobierno, un golpe de Estado encabezado por Abdel Fatah al Sisi truncó las esperanzas de transición política en el país. Este primer capítulo está dedicado a las dos caras de la misma moneda que conviven en el país: el autoritarismo y la resistencia, materializada en movilizaciones civiles.

En primer lugar, hay un análisis de la regresión autoritaria que viene dándose en Egipto desde 2013, regresión aupada por el polo saudí, por el rol de Egipto como garante de la seguridad y por un contexto regional de creciente inestabilidad. Las medidas represivas contra todo el espectro de la oposición mediante la criminalización de organizaciones y la coacción contra toda disidencia o crítica

al régimen han conducido a una “neutralización de los espacios políticos, sindicales y asociativos” (p.36). Junto a estas medidas, el régimen ha tratado de eliminar del imaginario colectivo la revolución de 2011, reorganizando el urbanismo de la ciudad o cambiando nombres de calles y plazas, en un intento de alejar el espíritu de la revolución de los espacios públicos.

En segundo lugar, vemos como a partir de 2016 ha habido una reactivación de las protestas. Estas comenzaron por un componente puramente económico, a raíz del incremento de precios de productos básicos, pero también ha habido movilizaciones contra decisiones políticas. El fuerte movimiento de protesta por la cesión de dos islotas a Arabia Saudí, que provocó protestas en las calles y en las redes y la recuperación de lemas enunciados en 2011, es una evidencia de la persistencia de oposición a pesar de la fuerte represión posterior. También lo son las movilizaciones lideradas por las mujeres, que se alzan contra el sistema represivo y patriarcal y las nuevas leyes que pretende impulsar o ha impulsado el Gobierno.

El tercer capítulo “Sudán: la reinención del régimen tradicional árabe”, escrito por Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, se centra en Sudán, país en el que las revueltas de 2011 no amenazaron el régimen, pero en el que, junto con Argelia, Iraq y Líbano, años después ha habido una reactivación amplificada de las protestas. Este capítulo muestra de forma esclarecedora como, tras la caída de Bashir en 2019, más que un cambio real, se aprecia “la reorganización del régimen árabe tradicional” (p. 58). El autor hace un imprescindible y sintetizado recorrido histórico que arroja luz y permite comprender la actual realidad política del país y la fuente del fuerte militarismo de Estado, basado y legitimado en una permanente sensación de belicismo. Además, apunta a las claves para comprender el triunfo de las movilizaciones de 2019 frente a las de 2011-2012. Sobre la potencial deriva sudanesa hacia un desenlace similar al del caso egipcio, el autor señala que “en comparación con su vecino, el grado de libertad de expresión y asociación es mucho más notable en Sudán; y lo mismo podría decirse de los avances significativos en materia de derechos sociales y, en particular, los de la mujer” (p. 73). El repaso por la política exterior que está adoptando la cúpula militar es también esclarecedor, y explica el acercamiento hacia Israel, Arabia Saudí y Estados Unidos.

El cuarto capítulo, “al-Hirak al-Shababi en la Palestina histórica: ¿embrión de la movilización de una tercera generación post-nakba?”, está dedicado a la Palestina histórica. Cuando se habla de primaveras árabes, es poco habitual leer sobre el eco que estas tuvieron en la Palestina histórica. Itxaso Domínguez nos acerca esta cuestión abordándola desde el fenómeno al-Hirak al-Shababi, “que designa las iniciativas puestas en marcha por varios grupos e individuos entre 2011 y 2013” (p.80). Aunque en un contexto y realidad muy específicos y con unas reivindicaciones palestinas propias, hubo movilizaciones enmarcadas dentro del ciclo de protestas árabes. En este sentido, el capítulo, en el que se aportan múltiples ejemplos concretos, muestra las movilizaciones y demandas de activistas independientes -tanto dentro de la palestina histórica como en la diáspora- en dos direcciones. Por un lado, las críticas contra el autoritarismo de las principales instituciones de liderazgo palestinas, Fatah y Hamas; por otro lado, la lucha contra la colonización y la segregación. Por último, se explica la erosión de estos movimientos, pero también su continuidad, recogida por la tercera generación post-Nakba.

El capítulo quinto “El ‘Otoño Libanés’: movilización social, crisis política y colapso económico”, escrito por Ethel Bonet, habla sobre Líbano, otro de los países en los que las Primaveras Árabes no tuvieron una gran repercusión -lo que se ha atribuido a la revolución que hubo en el país 5 años antes- pero en el que posteriormente se reactivaron las protestas. Si bien, el ciclo de protestas en este país se remonta a 2005 y pasa por 2010, este capítulo muestra cómo y por qué, a pesar de

estallidos previos, no fue hasta 2019 cuando las demandas fueron acogidas masivamente y diversos sectores de la sociedad civil salieron a las calles trascendiendo realmente la lógica sectaria. Se muestra cómo, lo que comenzó como protestas debido a las medidas de austeridad y el empobrecimiento de la población fruto de la crisis económica, derivó en una crisis de legitimidad política, llegando a la caída del Gabinete de Hariri en 2020. La autora también analiza la compleja situación que atraviesa el país desde entonces: la incapacidad de los distintos actores para ofrecer una alternativa unificada de gobierno; el agravamiento de una situación económica que ha tornado en insostenible; la persistencia y represión de las protestas y la continuidad del sistema sectario en el país. Incluye una especial atención hacia el papel de las mujeres en las protestas y la postergación de sus demandas en un país en el que las mujeres “tienen el 60% menos de los derechos otorgados a los hombres en relación con otros países árabes” (p. 115).

El sexto capítulo “Sectarismo, securitización y resiliencia de la protesta social en el Iraq Posbaazista”, redactado por Juan Carlos Castillo Quiñones y dedicado al caso iraquí, nos introduce en el surgimiento y consolidación de las movilizaciones sociales pacíficas de carácter antisectario surgidas en Iraq tras la caída del régimen de Sadam Hussein. Frente a la extendida visión -apoyada por la producción científica- que perfila las sociedades de Oriente Medio como “más pasivas y más propensas al autoritarismo” (p. 132) aquí se evidencia el surgimiento y pervivencia de una contestación social pacífica en un país inestable, envuelto en un clima de violencia y con actores no estatales armados. Es también reseñable el útil marco teórico e interpretativo que aporta el autor para entender, tanto las relaciones entre las movilizaciones sociales y el gobierno, como el sectarismo. A diferencia de otros casos, vemos cómo en Iraq las protestas tienen un tono más reformista y dirigido a la construcción de la ciudadanía colectiva, que enfocado a derrocar el gobierno. Se hace un recorrido por estallidos puntuales, pasando por 2011 -dónde ya se vio el marcado carácter antisectario de las manifestaciones, que llegaron al Kurdistán, al que se dedica un apartado- y llegando a 2019, cuando el ciclo de protestas alcanzó su punto álgido. A lo largo del texto, vemos cómo en el caso iraquí el gobierno ha securitizado el debate público, politizándolo entorno al supuesto sectarismo de las protestas y legitimando así la represión violenta de las movilizaciones sociales. El autor concluye dejando una fotografía del panorama sociopolítico del país, deteriorado a raíz del Covid-19, en el que no hay visos de reforma política real por parte de la élite gobernante, pero tampoco de agotamiento de las movilizaciones sociales.

En el capítulo séptimo “Prácticas emergentes en la protesta social en Irán: desconstrucción del discurso público y levantamiento del precariado” hay un análisis sobre Irán, realizado por Moisés Garduño García. En 2011, el gobierno iraní construyó un discurso basado en la lucha contra enemigos externos que consiguió aplacar las protestas. Este capítulo se centra en la etapa posterior y las protestas surgidas entre 2017 y 2020. También encontramos un análisis sobre cómo el discurso del régimen ha ido evolucionando, adaptándose y reproduciéndose, buscando legitimarse mediante un discurso basado en amenazas a la nación, como el denominado Estado Islámico o la injerencia de potencias extranjeras. El autor sostiene que hay una nueva ola de política contenciosa en la que se ha incorporado una nueva clase social denominada precariado, clave en la desconstrucción del discurso oficial y que desafía algunos de los pilares establecidos por la revolución del 79. También aparece en el libro, y es reseñable como indicador del pulso del país, la contestación social que ha comenzado a haber en estas protestas pos-2011 en áreas tradicionalmente afines al régimen. Discursos como el antiimperialista o antiisraelí que articuló el régimen ya no tiene efecto en buena parte de la población; tampoco estrategias como la de “máxima resistencia” frente a las sanciones

y el bloqueo. A lo largo del capítulo se sostiene y muestra con ejemplos de manifestaciones y estallidos de violencia, que los sectores sociales precarizados por la crisis económica se han radicalizado, ya que ven cómo el levantamiento de sanciones o la desescalada de tensiones, no se traduce en la mejora de su calidad de vida.

El capítulo octavo “Acción colectiva y movimientos sociales en Túnez tras la caída de Ben Alí”, escrito por Miguel Hernando de Larramendi, aborda el caso de Túnez, cuya evolución es especialmente interesante por ser el único caso considerado exitoso tras las Primaveras Árabes, aunque al escribir estas líneas el gobierno de Kaïs Saïed ya ha comenzado la regresión autoritaria. A pesar de la transición democrática que experimentó el país tras la caída del régimen de Ben Alí, el autor señala la continuidad de protestas en Túnez por parte de uno de los dos sectores en los que divide a los revolucionarios de 2011. Las demandas del sector que “reclamaba dignidad, empleo y justicia social y aspiraba (...) a dismantlar un orden socioeconómico considerado injusto” (p. 180) fueron desatendidas en favor del sector que demandaba reformas institucionales, que impuso su agenda política. Años después, las demandas de los primeros siguen sin ser atendidas: la gran desigualdad interregional sigue existiendo, hay corrupción política y la crisis económica se agrava. El autor da las claves para entender las especificidades del caso tunecino y el por qué de las protestas a pesar del proceso de democratización. Señala que el descontento proviene fundamentalmente de la región del interior, en la que reina un sentimiento de abandono y discriminación. Esta región se caracteriza por un menor desarrollo económico, escasos recursos e infraestructuras y está alejada de los centros de decisión política, aquejados a su vez por la corrupción. Se señala y ejemplifica en distintos apartados la canalización de la conflictividad social en forma de protestas, la diversidad de formas y actores que las conforman y su carácter sectorial y local. A su vez, se presta atención a las protestas más transversales surgidas a raíz de las medidas de austeridad impuestas por organismos internacionales. Protestas que, como señala el autor, a pesar del confinamiento impuesto debido al Covid-19, se han reanudado.

El capítulo noveno “El Hirak en Argelia: el papel de la sociedad civil organizada y el reto de la estructuración”, está dedicado al caso de Argelia, que describe Laurence Thieux. Argelia es el segundo país en el que, a pesar del escaso impacto de las protestas de 2011, esta “segunda ola” consiguió forzar la retirada de la candidatura del presidente Buteflika a las elecciones presidenciales. Sin embargo, esto no provocó el fin de las protestas masivas iniciadas en 2019. El contenido del capítulo está dividido en tres partes ordenadas cronológicamente, lo que permite visualizar los antecedentes en materia de organización y movilización civil, su actual situación -materializada en el Hirak (“movimiento” en árabe)- y el futuro de esta.

En la primera parte, la autora hace una división en tres grandes etapas, en las que contextualiza e introduce al lector dentro de la evolución histórica de la sociedad civil argelina desde la adopción de la Constitución de 1989 hasta 2019. También hace un repaso de los movimientos sociales previos al Hirak, de los que este es heredero y que han ido “cuestionando el modelo de gobernanza del Estado y agrietando el contrato social entre el Estado y el pueblo” (p.208).

En la segunda parte, se hace una “radiografía” del Hirak y sus particularidades. Las manifestaciones semanales que supusieron la recuperación del espacio público y regeneración del tejido social; la relevancia de una juventud re-politizada y participativa frente a su baja participación política en los canales tradicionales; la estructura del movimiento, aprendida de experiencias previas y previsoras frente a la potencial cooptación, coerción, división y represión. A pesar del carácter transversal del Hirak, la persistencia del fantasma de la “década negra” sigue siendo un elemento sensible para la

sociedad argelina, y como vemos en la lectura, es el principal potencial elemento desintegrador, instrumentalizado por el Estado.

Finalmente hay un análisis sobre el fracasado intento de articular estas demandas a través de partidos políticos o grandes coaliciones, fruto del disenso y la deslegitimación de los partidos políticos. Por otro lado, los intentos de la sociedad civil organizada tampoco parecen encontrar una hoja de ruta común. A juicio de la autora, este ciclo continúa su curso y la represión y persistencia autoritaria pueden llevar a una radicalización de las formas de protesta.

Capítulo décimo “El Hirak del Rif: Continuidad de las Primaveras, idiosincrasia y prácticas discursivas”, escrito por Adil Moustouy y Nur Kouss Gutiérrez, es el último de esta obra y está dedicado a la zona marroquí del Rif. Se centra en las protestas protagonizadas por el Hirak del Rif. Este movimiento se nos presenta como un actor principal en la contestación social marroquí con un gran potencial transformador. El movimiento rifeño tiene un marcado carácter distintivo, está enraizado en la histórica resistencia de los amazigos del Rif, con una identidad, cultura y lenguaje propios. Debido a estas particularidades, los autores sostienen que este movimiento “irrumpe en el escenario del activismo como continuidad de las Primaveras en el Magreb, pero con una idiosincrasia propia” (p. 225). Encontramos un repaso por los antecedentes, detonantes y surgimiento del movimiento, caracterizado frente a otros movimientos de la región por tener unas reivindicaciones y programa muy concretos, no surgir de forma espontánea y contar con un tejido asociativo preexistente y consolidado. Sin embargo, a la lucha contra la marginación y discriminación hacia el Rif, se une una crítica más amplia insertada en el movimiento de contestación marroquí. Hay un análisis de las estrategias discursivas, integradoras, novedosas y canalizadas en gran medida por redes sociales. Esta última estrategia, el uso de redes sociales, facilita la articulación de este movimiento también en la diáspora, en esta cuestión se centra la segunda parte del texto. La intensidad y activismo del Hirak del Rif en la diáspora ha llevado a la convocatoria de manifestaciones y concentraciones en diversas ciudades europeas, donde este movimiento ha tenido un gran eco, movilizándolo a los rifeños y ejerciendo presión política y social. Se analiza el caso del Hirak de Madrid a través del estudio de los paisajes lingüísticos (cartelería, pancartas, letreros...) en distintas movilizaciones. Las alusiones a personajes históricos simbólicos de la lucha rifeña, el uso de banderas amaziga y rifeña en señal de unidad, la crítica a la corrupción, la discriminación y la represión política son los principales mensajes. Es especialmente interesante la incorporación a lo largo de toda la lectura de ejemplos visuales de las distintas formas de protesta, como viñetas críticas en medios de comunicación, carteles de campañas de protesta e imágenes de manifestaciones.